

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

S.A.I. Catedral 2016

Hermanos:

Las Fiestas de Pascua que hemos celebrado durante cincuenta días concluyen hoy con esta solemne liturgia de Pentecostés. En ella conmemoramos la venida del Espíritu Santo sobre María y los Apóstoles en el cenáculo tal como el Señor Jesús lo había prometido en aquel mismo lugar después de la Última Cena.

El relato del evangelio de San Juan que acabamos de escuchar nos escenifica lo ocurrido en el cenáculo de una manera distinta pero esencialmente igual a la que hemos escuchado en la primera lectura que hemos tomado del Libro de los Hechos de los Apóstoles. Tres son los aspectos de este Misterio que tanto Lucas como Juan nos comunican: el protagonismo del Espíritu Santo, los apóstoles y discípulos que lo reciben y la misión que se les encomienda.

Efectivamente el Espíritu Santo, Tercera Persona de la Santísima Trinidad en la que la Iglesia cree como “Señor y dador de vida que procede el Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, que habló por los profetas y en la Iglesia” es ahora el protagonista para hacer efectiva y llevar a su plenitud la revelación y la obra de la salvación actuada por Jesús. El Espíritu Santo da vida, es decir, da una nueva vida en Cristo a todo hombre que iluminado por la Palabra de Dios y el testimonio de la Iglesia se acerca al bautismo que lo regenera interiormente haciéndolo hijo de Dios, hombre espiritual, ciudadano del cielo, miembro del Nuevo Pueblo de Dios.

¿No os parece, hermanos, que somos muy poco conscientes de la acción del Espíritu Santo en nosotros? ¿Qué poco valoramos esta nueva condición de hijos de Dios y por tanto ciudadanos del cielo que el Espíritu Santo nos ha dado? En un mundo tan materialista que reduce el hombre a un saco de células informes que se pueden componer y recomponer al antojo propio y de los manipuladores sociales, los cristianos tenemos que reivindicar con más fuerza y hacer valer la condición espiritual y el destino celestial del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios que es Espíritu.

El Apóstol san Pablo en la primera carta a los Romanos dice que. “Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios” (Rm 8,10) Dejémonos llevar por el Espíritu Santo, seamos dóciles a sus llamadas internas que oímos en nuestra alma y en nuestra conciencia. Escuchemos como decía San Juan de la Cruz “los silbos del pastor” y notaremos enseguida las huellas de la acción del Espíritu que transforma nuestra tristeza y angustia en gozo y alegría, nuestra desesperanza en esperanza, nuestras dudas de fe en confianza en Dios, nuestra esclavitud de pecadores y la gracia de los justos. ¡Dejémonos llevar por el Espíritu Santo que quiere reconciliarnos con Dios, consolarnos interiormente y darnos la paz de Cristo y hacernos partícipes de su gloria!

Los apóstoles y discípulos junto con María recibieron el Espíritu Santo que los transformó inmediatamente. Y así, de hombres cobardes que abandonaron a Jesús a su suerte cuando más los necesitaban pasaron a defenderlo en la plaza pública con valentía, hasta llegar a dar la vida por él. Aquellos hombres que no entendían nada y que enfadaban a Jesús por su terquedad, pasan a comprender las Escrituras y a anunciar su cumplimiento en Cristo. En fin, aquellos hombres y mujeres que seguían a Jesús buscando su interés personal bien para saciar el hambre, para ser curados o para alcanzar cotas de poder en el futuro Reino de Dios que predicaba Jesús, recuerdan y ponen en práctica el mandato del amor fraterno expresado en el gesto de lavar los pies, es decir, como servicio y entrega.

La transformación histórica de aquellos hombres es el fruto más evidente del cumplimiento de la promesa del Espíritu Santo. El cambio que experimentaron no fue fruto de una acción humana ni de su propio esfuerzo sino de la acción del Espíritu Santo en ellos. Esa misma acción la realiza el Espíritu Santo en nosotros cuando aceptamos con docilidad sus consejos y nos dejamos guiar por su luz. ¿No experimentamos también la fuerza del Espíritu cuando somos valientes y con humildad confesamos nuestra fe sin ninguna vergüenza en ambientes hostiles donde vivimos y trabajamos? ¿No es el Espíritu quien, a pesar de los pecados y de las estructuras contaminada por el pecado que creamos en la propia Iglesia, Él la conduce y sostiene a lo largo de los siglos hasta que el Señor vuelva?

Por último, el Espíritu Santo aliente la misión de cada cristiano en particular y de la Iglesia en su conjunto. Nuestra misión es

proclamar a tiempo y a destiempo el Evangelio con nuestra palabra y con el testimonio coherente de vida cristiana. Los santos son el mejor ejemplo de misioneros del Espíritu Santo. En ellos reconocemos la acción del Espíritu cuando encuentra un alma dócil y sencilla que se deja acariciar y guiar por el Amor.

Nuestra hermana Sor Demetria, a quien hoy homenajean las antiguas alumnas del Colegio de la Milagrosa de Astorga es un claro ejemplo de docilidad al Espíritu Santo que la llamó a ser cristiana, hija de Dios en la pila bautismal de su pueblo natal Valdeviembre y la siguió llamando para llevar el evangelio a través de la educación y de las clases como hija de la Caridad. Las que fuisteis sus alumnas reconocéis con gratitud su labor como enseñante, como consagrada y como apóstol del evangelio. Pero, ante todo, hemos de dar gracias a Dios porque sólo de Él procede todo bien. El bien que ha hecho Sor Demetria tiene una fuente: el Amor de Dios que ha sido derramado en su corazón con el Espíritu Santo que un día recibió en el sacramento del bautismo y de la confirmación. Esa es la fuente inagotable de su entrega, el consuelo permanente y el descanso en la fatiga. ¡Bendigamos al Señor y con Sor Demetria demosle gracias!

Permitid una palabra también de agradecimiento a la Cofradía del Santo Entierro de San Nicolás de Bari de Avilés, aquí presente. Han tenido la gentileza de venir a visitarme como un gesto fraternal y de amor a este pobre obispo que fue su párroco y en algún momento les orientó para que recompusieran la Cofradía para que la procesión del Santo Entierro siguiera siendo el centro de la Semana Santa Avilesina. Seguiré rezando por vosotros para que siempre y en todo lugar deis testimonio de Jesucristo Nuestro Señor que fue crucificado, muerto y sepultado, pero que resucitado de entre los muertos nos dio el Espíritu Santo.

La Virgen María fue cubierta por el Espíritu Santo que engendró en ella el Verbo para salvar a la humanidad. A ella le pedimos que interceda por nosotros sus hijos y por todos los hombres para que vivan según la vocación para la que Dios los creó.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga